

benjamin
fondane

benjamin fondane

el mal
de los fantasmas

Maldoror ediciones



Benjamin Fondane

ULISES

Traducción: Jorge Segovia

MALDOROR ediciones

La reproducción total o parcial de este libro, no autorizada por los editores, viola derechos de copyright. Cualquier utilización debe ser previamente solicitada.

Título de la edición original:

Le mal des fantômes
Éditions Verdier, 2006

©Primera edición: 2010

©Maldoror ediciones

©Traducción: Jorge Segovia

ISBN 13: 978-84-96817-15-9

MALDOROR ediciones, 2010
maldoror_ediciones@hotmail.com
www.maldororediciones.eu

Ulises

*para Armand Pascal
en la muerte...*

Es la hora, oh poeta,
de declinar tu nombre,
tu nacimiento y tu raza
Saint-John Perse, *Exilio*.

No retreat, no retreat
They must conquer or die
who have no retreat...
Mr. Gay

Yo fui un gran poeta nacido para cantar la Felicidad
 – pero sollozo en mi camarote,
 ramilletes de agua de mar se marchitan en los jarrones,
 el otoño de mi corazón lleva al Père-Lachaise,
 la eternidad está aquí, ojo tranquilo del tiempo exangüe,
 ¿acaso es esto como arribar verdaderamente a puerto?
 Armand ¡tu ceniza pesa tanto en mi maleta!

He aquí tu vida inmensa que hace saltar los puentes.
 Tú sabes nadar, lo sé, ¡pero cuán largo es el río!
 Fuimos aplastados por esta luz inhumana.
 ¿Por qué cantar a voz en grito? ¿Garganta plena
 que sólo pide cantar?
 ¿Y si el castillo estuviera encantado?
 ¿si los dioses se divirtieran tomándonos por blanco?
 Tú has entrado vivo en las manos del dios terrible
 y hasta en la muerte has permanecido vivo...
 ... ¿Que la ola no quiere llevarme?

¡Océano

tu ola furiosa azota el viejo otoño!

En el hospital esta blancura de angustia, amarillosa.
 ¡Cuántos barcos aquí arrojados por los tifones,
 heridos en su chatarra tierna
 se han ido a pique!
 A veces los visitantes entran metidos en escafandras
 que guardan en el pensamiento la cuerda que los une
 al mundo exterior. Piensan en ese mundo
 todo el tiempo que están aquí, inclinados sobre alguna cama,
 y los moribundos también piensan y las burbujas de aire
 ascienden a la superficie. ¿Pero qué hacen entonces los vivos?
 ¿a qué esperan para poner en marcha las poleas?
 La película, ¿es tan cautivadora la película
 que proyecta la muerte sobre la pantalla de la vida?
 Oh que cansada es tu voz
 déjame cerca de tu voz
 espléndida, tú jugabas con el cielo de enfrente
 quiero dormir cerca de tus manos

el enorme telón caía antes del fin y sin embargo
 la vida aplaudía al sentirse emocionada
 con el runrún del autobús, los accidentes, las fracturas,
 aplaudía frenéticamente

- ¿por qué no venir a saludar al público?
 Un alba de más allá tiembla sobre tu rostro...

Amigo, amigo habíamos venido de lejos, juntos,
 unidos como las hojas de las tijeras
 pepitas de un mismo fruto,
 el mismo sueño para compartir, el mismo pan
 la misma sed más grande que el mundo.

Teníamos con qué conquistar más de un mundo:

¿Nos habrán engañado, astutos?

¡Sísifo, viejo Sísifo qué consumido estás!

¿Cederás tú? ¿consentiré yo

al solo derecho de la fuerza?

No era nada, una trampa.

No hay que ceder. ¡No hay salida, no hay salida!

¡O perecen o vencen aquellos que no tienen ninguna salida!

¿Qué barca alguna vez, en el reino de los cielos,
 atracó sin peligro, en calma chicha? Quizá tus ojos
 se han abierto en otra parte. Pero la tempestad
 te ha arrojado esta noche a nuestras orillas. ¡Salud, gaviota!

¿Oyes el océano mientras estás ahí?

Estás al menos tan vivo como yo,

tú eres mi risa y mi memoria

yo estoy cercado por tu muerte

te llevo más alto que mi busto,

y odio la muerte y odio la vida.

Siento tanta piedad por los hombres

que me odio y me amo

perdóname por estar vivo, por escribir poemas,

¡todavía estoy aquí pero hablo con los fantasmas!

¿Hay o no respuesta para las preguntas del hombre

en algún lugar? ¿Y existe el Dios

de Isaías, que secará toda lágrima de los ojos

y que vencerá a la muerte –
cuando las primeras cosas se hayan desvanecido?



Esta noche una lámpara olvidada, encendida,
vacila súbitamente en mí como un pájaro
con el ala herida y desplumada...
¿Era igualmente este el *mismo* mundo?
¿era este un mundo caído?
... La Tierra aún estaba ahí, y estaba firme,
y sin embargo yo oía sus resquebrajamientos futuros
– no hay que demorarse
– no hay que confiar en ella
algo tendrá lugar. Algo, ¿pero Qué?
Los acontecimientos corrían unos tras otros
se seguían al galope.
su cabellera era huidiza
– ¿para qué mirar hacia adelante, hacia atrás?
este río iba, por supuesto, a arrastrarme en sus aguas
la vida iba, por supuesto, a atravesarme de parte a parte
– ¡Os saludo, oh riquezas!
qué haré ahora con todas estas cintas de luz,
con todas estas cosas que nacen del agua, del crepúsculo,
erraba ciego en los pasos perdidos de las estaciones
le preguntaba a los trenes la finalidad de mi viaje
¿por qué quería ir tan lejos, abandonar mi lecho,
alimentar mi fiebre con hielo?
Judío, naturalmente, tú eras judío, Ulises,
te gustaba exprimir la naranja, el universo,
el sueño estaba ahí, tendido, con los ojos abiertos,
el espacio era incomible,
la sangre mordía en el vacío y se sentía porosa
un enorme pez golpeaba el mundo, con su cola
– su grito era largo y sórdido...

... ¿el fin del mundo y yo, aquí, en la veranda?
 Pedí auxilio, con una voz de excepción
 ¿pero de qué sirve quejarse, gemir?
 Una dicha desconocida me lamía los riñones,
 grité por ser libre, feliz, pero el horror
 me arrojaba un sol cruel, apenas maduro,
 se pudría al contacto de mis manos
 - ¿qué puedo hacer?

¡Solo! estaba solo en el mundo conmigo mismo,
 hoja muerta semejante a una hoja muerta.



PRÓLOGO

Hace tanto tiempo
 que comenzó el espectáculo de la Historia
 que ya olvidamos los comienzos
 los orígenes fabulosos,
 cuando vine al mundo
 en medio de la Intriga
 como un acontecimiento previsto desde siempre
 y sin embargo como una sorpresa
 un personaje inquietante que podía dejarlo todo en su sitio,
 o que podía cambiarlo todo,
 el sentido de la acción, la trama de los móviles,
 que tenía sobre el texto establecido desde siempre
 el ascendente prodigioso, extraño del vivo
 el derecho a balbucir las mejores réplicas
 a improvisar un mundo al margen del Autor
 y súbitamente, a pesar del Plan,
 introducirse él mismo en el seno del personaje
 gritando, excedido, hacia el público de los palcos
 “¡No hay suficiente realidad para mi sed!”



I

Variante

El mundo se abre en nosotros a través de la visión de los barcos
 que zarpan –cómo abandonan su cabellera al viento cuando regresan– cómo entran, envejecidos y decrepitos,
 en el baile de las luces,
 en la fiesta de adiós de los puertos,
 ¡igual que enfermos,
 sentados, mientras bailamos!

El mundo se abre en nosotros a través de las mañanas
 inmensas
 (¡yo las vi brillar en las pestañas del océano!)
 a través de las hadas encerradas
 en el corazón de los frutos donde los niños tienen miedo,
 a través de las alfombras arrojadas a los pies de la Reina
 (cómo avanza con calma en el país de las palmas)
 a través de las canciones de los negros por el Mississippi
 (¿también fueron expulsados del Paraíso?)
 y súbitamente a través de países con chimeneas,
 de los asilos de noche
 donde corren la verdinosas aguas de lo humano
 ¿las he visto? y a través de los garitos clandestinos,
 de las Parcas del hastío
 que tricotan calcetines de lana para los muertos.

El mundo se abre en nosotros (¿dónde estás Sed mía?)
 a través de un pandemónium de razas y lenguas,
 a través del largo y dulce rumor de los epitafios
 (¿dónde? ¿cuándo? ¿en qué landas?)
 – a través de marinos de arena que piden arena,
 perdidos en la arena, buscando un mundo para olvidar
 – a través del vómito sin fin de lo incurable

gritando para oírse gritar
 (¡oh, las noches y su pena!)

- a través de las bailarinas ebrias de los días y las semanas.

- ¿No hemos navegado bastante por la desventura,
 sin pedir cuartel, sin implorar gracia?

Es la hora de cerrar las puertas, la hora de apagar
 la lámpara. Es el momento

de firmar este fresco que acabamos de pintar

- y que se lleva el viento.



II

Dejé las aceras de la ciudad por otras aceras de ciudades,
 millones de hombres por otros millones de hombres,
 los mismos interminablemente,

¡nunca tenía bastante!

¿Por qué me desplazé?

Las palabras se mueren de cambiar de boca,
 la suerte se gasta de alimentar los dados.

Qué extraño viaje hice entre los hombres,
 cuántos caminos hemos recorrido, oh, ojos míos,
 y qué asombro a cada nueva vuelta

como si las mañanas fuesen las mismas,
 como si los hombres tuviesen el mismo rostro,
 viejos botes amarrados a los pontones herrumbrosos,
 existencias marchitas -

¿no conocía yo entonces su raíz hundida
 bajo tierra - y el viaje inútil, y la sed?

¡Era en su tubérculo donde estaba lo nuevo!

Milagros del hambre, del frío

¡albergáis tantos rostros!

¡Qué colmado estaba el mundo cuando abandonamos
 el puerto! ¿Era aquella una vista o una visión?

Y ahora cuando los mares han salado mis pulmones
gaviota envejecida, esperanza gastada y propalada
cierro el viejo libro y digo: ¿Para qué?

¿Para qué tanta agua multiplicada por tanta agua,
tanta tierra?

El Hombre es tal vez rey de este mundo, pero yo
pero tú, todas estas sombras gastadas por la cólera,
la piedad y el deseo de no estar en ninguna parte,
¿qué buscamos? ¿Os he inventado yo? Mi mirada
está cansada. ¿Qué hacen los hombres? ¿Están ausentes
de sí mismos? –

O bien, roídos por fiebres secretas como nosotros,
regresan de un viaje donde también ellos
han visto seres, puertos y mares insensatos,
las cosas eternas, tan insulsas en el palacio,
y las sensibles, tiernas y perecederas cosas
– ¡tan queridas!



III

para Geneviève

No sabría decirte el agua.

Me siento precedido, seguido por ella,
azota el corazón
me aplasta el ojo y calumnia las distancias
es sucia y escupe el destino
con el pulgar borra el tiempo
exige voluntarios.

Vengo de una pequeña ciudad blanca donde meaban
las vacas
los soles desbordaban el sostén de los cercados,
un olor de mañana que se lavó en el agua

las hormigas se desplazaban a lo largo de las calmas manos
una cabra pastaba leche
lechugas frescas que os habéis muerto,
la carne estaba muy tranquila –
ciudad de pequeños judíos clavados en el aire
las aceras eran cintas sucias,
yo me ahogaba de felicidad, de asco,
aquello olía a pan fresco y arenque salado,
el amor olía la boñiga húmeda...
... yo canté todo esto, pero quería partir
quería el universo desértico,
quería las ciudades enormes donde el sol es negro,
desgarrar la camisa de los hombres
gritarles mi demencia y mi sed...
Yo quería el Océano infértil, salado, flexible.
– ¡Océano! ¡Te abrazo contra mi pecho!
Eres demasiado grande, pero tus cabellos son finos,
en mi pequeña ciudad te creía tan fuerte,
tu fuerza colmaba mis riñones...
¿Debía un día encontrarte tan pálido?
En la subasta de pescado te sentí completamente desnudo
– ¿acaso sufres como los hombres?
Tus ojos me dan lástima, tus ojos abrasados,
si al menos pudieras detenerte un instante
– ¡tu paso es incansable!
¿Qué terrible soledad, dime?
Si pudiese te amaría como a una hermana
te ayudaría a atravesar las zonas inhumanas
– cogidos de la mano.



IV

Por qué el océano me hace pensar en esas llanuras de Besarabia,
 por donde caminábamos largo tiempo y era larga la vida.
 ¡Estepa! ese fondo marino irritaba las narices
 el ojo de la tierra se abría bajo los párpados marinos
 avanzábamos sin avanzar y hacíamos balance.
 Nuestros pasos alargaban la distancia en la misma medida.

A veces un campesino perdido buscaba las raíces de las aguas...

aguas tan solicitadas,
 tierras tan queridas,
 los ojos dormitaban al no toparse con nada,
 el espacio de sí mismo engendró el espacio,
 el tiempo inflado y desinflado,
 la noche, el día, la misma mar tranquila, lisa –
 ¿hemos llegado pronto a las costas de América?
 Dime, Comandante, ¿era VERDAD el puerto de atraque,
 íbamos a ver a los campesinos mugir como las vacas –
 – este mar, esta tierra, nada las urge a acabar?

– Yo vi a esos campesinos en 1914
 huir de los austríacos, abandonar la tierra al cuello
 de los bueyes,
 con sus cuerpos sembraban la vieja tierra
 huían la muerte por la muerte,
 la guerra era muy larga y el naufragio infinito,
 cuando los hombres de pronto invadían los caminos
 ebrios de no se sabe qué espacio que se habilitaba
 alrededor del cuello, como una cuerda, y que tiraba.
 Aquello se hundía a ojos vista,
 abandonaban las casas que olían el incendio,
 el prado tan tierno a los ollares del caballo,
 el pozo como una boca cuya lengua es fresca,

la bella y sabrosa cebolla, la remolacha áspera,
la pequeña iglesia de madera donde los antepasados
conocían una escalera que les llevaba a los cielos.

- Nuestra señora de los Trigos, del Maíz y de la Cebada,
Tú que sabes que las bodegas del mundo se inundan,
ten piedad de esos hombres de 1914 -
ten piedad de esas ratas que huyen del barco.



V

Entro en el movimiento que me huye, y tengo miedo,
mis manos, mis manos y lo que ellas agarran del mundo.
En el pasado solloza una boca abierta,
se trata de una canción por el país de las sombras

lo trabajos se acabaron

bebe los paisajes,

para qué volver a partir

para antiguos periplos,

¡me gusta desgarrarme para avanzar, romper
el peso de la inercia!

Réprobo, el movimiento perpetuo te espera,

pese a las paredes

de la vejiga

- ¿qué mares voy a teñir aún con mis deseos?

¿qué tierras voy a pintar de sueños?

¡Vamos, vamos el camino!

¡Por favor! ¡un poco más de atlántico!

La costa se agota, se agota

el escaparate quema su hechizo un instante

- después muere.

A partir de entonces sólo la cara de Dios donde la noche
escupe largamente,

y pierde el aliento y se recobra con una saliva nueva.

Y, que esto sólo lleve a las tierras inhumanas,
a los puertos desafinados como viejos pianos
y que halla que cardar, con los oficios nuevos
la gastada trama de lo mismo...

Qué bueno sería mamar tu leche salvaje, ¡oh, vida!,
qué buenos serían los clavos para reavivar la sangre
qué bienvenida sería una tempestad, violenta,
una tempestad, un motín.

Tengo sed de ti, desmelenada,
mientras que mi ojo rehuye
el blanco vuelo de las gaviotas,
suaves como un sollozo irreal de la carne.

¡Grito de la carne, alma, viejo instrumento del sueño!
¡No puedo abandonarte! ¡no puedo guardarte!
Me inclino con ansiedad sobre el añoso árbol – ¡que canta!
¿Cantas? ¿sufres?
He aquí tus mamilas colmadas de savia espesa
¿Acaso es hambre de crecimiento?
– ¿vorad sed de lo desconocido?
– ¿te levantas tú contra la muerte
– o acaso se trata de la muerte que besa tus labios inciertos?

Ahora, olvidada,
te olvidas de ti mismo.
Qué puede importarte el mundo,
¿has salido de él entonces?

Una sombra te ha rozado y se ha desvanecido.
Sufres. Te acuestas.

a bordo del Mendoza, 30/VII/29



VI

Nació un niño
murió una mujer,
¡Cómo sollozas,
mediterráneo!

La madre gritó
rezó el padre
pasó el Tiempo
al lado de la hora.

Un niño nació
de la eternidad.

¡Qué estación tranquila
para el espíritu vencido!...
¿Qué soy, qué eres
al borde de una lágrima?



VII

Hice escala en las ciudades
con amigos cuyo nombre ignoraba
yo iba más allá de los rostros
el ojo interior maravillaba la carne,
- carne, esta ciudad era de carne, de cuero,
era puesta en movimiento por correas vivas
de transmisión, lavaba sus viejas catedrales,
el viejo empedrado, el tiempo como la ropa sucia
- proclamaba su gloria:
escupí sobre la Historia:

Tuve hambre en Sevilla de una española verdadera,
delgada como una comida de Miércoles de Ceniza,
vendía canarios.

En Cádiz soñé con los amaneceres de París.

Maldije en Dakar las patrias blancas,
convoqué para mí la arena, el sueño,
mi corazón estaba débil y muy cansado:

- Almería, tú olías a ajo...

Gente sentada por doquier en los cafés y los bancos.

Hablábamos lo menos posible su lengua,
visitamos las viejas iglesias donde Jesucristo
¡pintado y clavado a la pared exhala su grito!

El tiempo de la oración ya había pasado,
antiguo el grito, antigua la belleza,
sólo la sangre estaba viva, que fluía negra
de los cabellos reventados y en los mataderos,
una sorda emoción se formaba en la boca:

"Pasen, señores, miren las dudosas maravillas ..."

¿Que había venido yo a hacer en estos bosques poblados?

Había buscado un poco de silencio en especias,
un poco de sol menos cansado que una nieve,
la mujer con el vientre colmado atravesaba mi sangre,

la vida, la vida iba a estallar con lo más bello
yo había nacido en Iasy, qué buscaba en Orán

(¿mujeres bellas en los escaparates de los peluqueros?)

mi viaje acabado, mi pasado abolido

¿adónde voy a dirigir mis pasos? ¿por qué costas?

¿qué rostros humanos vendrán a llamarme?

¿qué fatigas sobrehumanas?

No puedo escuchar tantas voces a la vez.

¿Quién habla? ¿qué decía? ¿quién, el que escucha?

- Basta, basta os digo,

la masa de mi cuerpo me pesa más que Dios,

ya no puedo luchar contra vientos y mareas,

ya no puedo caminar; los caminos están cortados.

- ¡basta!



VIII

Más lejos, o más tarde,
la luz sangraba su jugo inimitable,
tristeza de menú en los puertos balbucientes,
el faro nos precede,
la noche entra en el ojo como el pájaro en el nido,
y se hace tarde, y se hace tarde
los emigrantes no dejan de escalar la noche
trepan en la noche hasta el fin del mundo,
como hermanos comparten su leche
un sollozo da la vuelta al mundo,
y nosotros iremos, despojos de una vieja danza,
por toda la tierra, y más lejos,
portadores de un gran secreto del que se perdió el sentido,
para gritar a la cara de los hombres nuestra sed incurable...

- Para qué serviría nuestra vida.
para qué nuestras batallas perdidas,
sino para un Triunfo del que se perdió el sentido,
y para llevar de contrabando a los hombres
bajo el ojo ausente de los aduaneros -
una nueva belleza pánica.



IX

para Line

Marsella, tú cargabas las bodegas del barco
de emigrantes que subían bajo el ojo de la policía,
olían a fatiga, a ajo,
estaban andrajosos y con las manos vacías.

– ¿A dónde vais, hermanos?
Chalanes, ensalmadores, vinateros, feriantes,
ropavejeros, lapidarios,
vuestra sangre azota mi sangre, vuestra párpado me subleva,
cabalgáis la noche de los tiempos
sois mi sed permanente
os vi abandonando el corazón de las provincias
arrastrando algunas vértebras blandas bajo vuestras camisas
los pogroms de Ucrania os arrojaron de las ciudades
sólo teníais vuestra vida en las maletas
descarnados vivos como árboles rodados por los torrentes,
por qué ir siempre del final hacia
los comienzos,
por qué leéis vuestro libro al revés,
no llegáis nunca y partís siempre
qué amargo paraíso
rueda en vuestra bilis,
adónde corréis, sentados
en el puente, inmóviles,
remendadores de palabras, joyeros de accidentes,
decidme ¿de dónde os viene ese río de energía?
En vuestras manos leía una línea de vida
larga y cien veces rota.
¿Dónde entonces te habíamos amarrado
bote salvavidas, sinagoga?
Por todas partes en el viento, la marea
sube, ¡sollozo del Decálogo!

Pobres vivos

Cuántas veces proyectadas contra la paredes por las velas
de sebo

vuestras sombras oraron por los frutos de la tierra,
nadaron pesadamente en el agua de la oración
y convocaron en los corazones endurecidos, a la joven,
a la débil campesina, a la esposa,
a la novia prometida y negra del Cantar
de los Cantares.

Viajé con vosotros en el tren, mi padre está ahí
(qué bello es en sus ojos el maíz de la tierra moldava).
Es agente de una Compañía marítima del Havre,
tiene a su cargo este convoy de desheredados
cuida esos guijarros de mar como diamantes,
gime de vez en cuando ¡Ribono Schelolam!
Mentalmente habla con Dios, pero piensa en el pogrom,
piensa en esa historia (cuántas veces repetida)
de éxodos de ancianos huyendo con su torah,
sus mantas y los niños de pecho
cuántas veces tendrá que abrirse el mar Rojo
cuando gritamos hacia ti desde el fondo de nuestro abismo,
la salida de Egipto ¿sólo era una figura
de esta huida perdida a lo largo de la historia futura,
y Jerusalén sólo era símbolo y fábula
de este puerto que buscamos y que es inencontrable?
Padre mío, esto es lo que te hace miserable.
Piensas en tu joven hijo al que has llevado de viaje,
que es tan dócil como marino, pero tan estúpido para su edad,
aún no sabe navegar en el mar de los rostros,
tiene un mundo en sí mismo y raramente abandona el fondo
para respirar en la superficie como hacen los peces,
no comprende nada de este mitin de fantasmas
que ruedan de una punta a la otra del reino
tiene ojos de marino, está muy orgulloso de su papel,
le parecen tan bonitas en foto las escenas de violación,
bosteza cuando se canta el Cantar de los Cantares,
tú le pareces demasiado negra, pastora sulamita.

- Sulamita, yo te vi. ¡Yacías sobre la tierra rusa,
abierta como un melón amarillo, entre la baratija
de un universo hosco arrojado en el Rastro!
Todavía canta en mí tu cabellera pelirroja
- no, ¡aún no han fusilado al cosaco!
Una anciana cubría con una tela esa naturaleza muerta.

Sulamita, si alguna vez te olvido... Es ahí cuando
mi infancia muere
bajo los ojos de mi padre ¡Oh, qué sueño tenía!
El Zar había permitido que estos muertos fueran
dispuestos en ataúd,
mientras que otros muertos delgados como una oración
de pie, entre los despojos humeantes,
no se atrevían, ya no se atrevían a sollozar hacia su Dios.
No hacían preguntas
los siglos no habían aportado respuesta
había que adelantarse bajo la mirada de Dios
como moscas en la tela de araña
animales de sacrificio,
oh, tan cruelmente amada, oh tan dulcemente odiada,
sin saber si al menos la muerte iba a cantar,
si iba a cantar maravillosa al fin,
al final de esta vida de toro reventado
en la arena, bajo la mirada de un público delirante
y que pesa y sopesa tu agonía
¡oh, randa, oh, demencia!
¡Qué importa si la vida tenía o no un sentido!
... Emigrante, emigrante ¿adónde vas?
Espera, pero espérame que voy,
treinta años, qué son después de todo treinta años de retraso,
yo me alejaba del tren pero a la vez partía,
¿estaba tan lejos la tierra americana?

Erais una prueba de que la tierra era redonda.
En Itzkani vemos un puesto fronterizo del mundo.
La posada, por la noche, una isla de coral.
El vals vienés abría las compuertas al sueño.

Por primera vez vi pimienta roja...
 – Padre mío ¿qué has hecho de mi infancia?
 ¿qué has hecho del marinerito de azul mirada?
 Yo era feliz, feliz entre aquellos desdichados,
 ¡la pimienta roja era algo tan nuevo!
 Más tarde vi a Charlot y comprendí a los emigrantes,
 más tarde, más tarde yo mismo...
 Emigrantes, diamantes de la tierra, sal salvaje,
 yo soy de vuestra raza,
 llevo como vosotros mi vida en mi maleta,
 como igual que vosotros el pan de mi angustia,
 ya no pregunto cuál es el sentido del mundo,
 pongo mi puño duro sobre la mesa del mundo,
 soy de los que no tienen nada y que lo quieren todo
 – nunca podré resignarme.



X

CANCIÓN DEL EMIGRANTE

¡Amargo, el sabor de nuestra suerte!
 ¿Para qué sirven sollozos y quejas?
 Para el pan duro de un pasaporte
 nos han tomado las huellas.

Padre mío que yaces bajo tierra
 hasta la hora del Juicio,
 ¿por qué temes que yo muera?
 ¿por qué tengo yo miedo del vivo?

No hablamos ninguna lengua,
 no somos de ningún país,
 nuestra tierra es lo que cabecea,
 nuestro puerto es el balanceo.

Vendedor de hambres, viejo rocín,
heme aquí sentado en un saco,
el cielo del lado de mi hijo
y yo del lado de la resaca.

Entre el cuero fino de las naranjas,
entre las masacres de cebollas,
atraco, absurdos compañeros,
en las grandes patrias extranjeras.

¡Cómo te fundes en mi garganta
sollozo del trópico!
Ni orar ni gritar
en la gran ruta infernal.

A Kiev, a Irkuzk, a Varsovia,
por Lima, por Sao Paulo...
¡Dios mío, qué perra vida
arrastrada de clima en clima!

¡Y qué amargura, oh beatitud,
deslizar el alma en ayunas
-sin materia, como un perfume-,
entre los dedos de la policía!

Remeros de una ficción antigua,
(¿cuándo acabará el periplo?)
navegamos por el múltiple
país de la maldición.

¡Oh madre cruel, Existencia!
¡Qué loba, para sus cachorros,
tuvo más ovarios en el seno,
y menos leche en sus ubres?

En este pobre barco fantasma
que es para sí mismo su puerto,
qué larga java el hombre

en el acordeón de la muerte.

¡Que llegue el fin de este mundo!
Ojalá pueda él cerrar nuestros ojos...
Llevad completamente solas la ronda
estrellas que estáis en los cielos.

¿Hemos nacido en un camino
que avanza y no acaba
a fin de romper nuestra corteza
entre la tierra y el más allá?

¿Acaso hemos partido del Olt,
del Dniepr y de Crimea
con el fin de llevarte, Rebelión,
hasta las entrañas de lo Creado?

... Padre mío, que yaces bajo tierra
con los ojos abiertos en la tumba,
¿sabes que bajo tu piedra se está mejor?
– Aquí, la tierra es toda de agua.
Nos han tomado las huellas
por toda la tierra, y más lejos.
¿Para qué sirven sollozos y lamentos?
El camino sigue y no acaba nunca.



XI

Me detuve en los puertos donde los vendedores ambulantes
solicitaban al alma tener sed de COSAS
remellaban la trama melodiosa de sus tapices
¡la luz tensa de África!

Esta luz seca flotaba como una tela al viento,
 nada tenía de humano,
 y sin embargo yo descendía con un enorme sombrero de paja
 para seguir esta canción inhumana...

¡Extraña, la canción! Extraña, esta sed
 de pulpo, en mí mismo, que carecía de cualquier ternura...

¡Mediodías inciertos!

Cómo me gustaba inclinarme sobre vuestras aguas increadas
 como un pescador con sedal
 esperaba peces desconocidos, maravillas ligeras,
 equilibrios nuevos,
 mientras la luz giraba en torno a mí,
 y entraba en mis bolsillos como un lagarto feliz
 tan porosa y en calma
 ¿acaso buscaba un secreto perdido de mi substancia?
 Teníamos un aire de desconocidos que bailaron en un baile,
 que por un instante se apoyaron uno contra otro
 y que tenían miedo de mezclar su sudor y su sueño,
 cuando en ellos se ofrecían festines fabulosos
 vinos sin mañana tintineaban en sus oídos,
 y cuando una música ascendía como un jardín suspendido
 – ¿quién tejió, sabio, la tela de araña?
 ¡Teníamos prisa por olvidar!
 Había que arrojar al mar esos años equívocos,
 para no volver a encontrar en el muelle las horas vacías,
 las embarcaciones buscando su camino bajo estrellas
 conocidas,
 y la sed del espíritu como una lámina desnuda...

La muerte era somnolienta, olvidadiza,
 olvidada capa de agua hundida en el alma –
 y SÚBITAMENTE llegó, se derramó en mí
 como la leche viva en el seno de la mujer.



XII

... en la carne olvidada del hombre, ¿quién se adelanta,
quién grita, quién solloza?

Los caminos han caído sobre mí con toda su longitud,
todos los caminos han caído...

Ortiga del tiempo, ¿dónde estás hermosa mía?

Una necesidad es poco,

una necesidad de gritar, de llorar,

de hacer agujeros en el agua fresca,

dentro de mí un niño solloza sobre mis rodillas,

el camino es largo y tortuoso,

y no puedo caminar y no puedo cantar,

una canción como un sol.

una canción que quisiera vivir,

una canción que abre el ojo,

una canción de gritos y balbuceos,

- una canción tan estúpida, tan estúpida...

No, no se trata de eso,

ni es eso ni otra cosa

no se trata de eso, por supuesto,

ni algo que madura, que trabaja en mí,

que está ahí y que quisiera gritar,

gritar una palabra larga,

un enorme sol de arena, un sollozo...

Esta noche estoy solo con mi lámpara desnuda -

no hay bosque que quemar,

nada que quemar, ni siquiera un hombre,

un hombre, un hombre y sin embargo...

Hay noches así que la tempestad lava

un paso más y el agua brota bajo cada paso,

noches en que algo se derrama en mí,

sube hasta mi garganta,

un río asciende

un agua sube como un cuchillo,
 y soy yo quien asciende en mí mismo,
 más fuerte que yo, más vasto,
 yo mismo como un agua que inunda una llanura,
 yo mismo sobre el mundo
 y que quisiera gritar, quisiera sollozar
 el mundo...

¡Nada entonces brotará hasta el borde de las palabras!
 peces dorados, peces de corazón roto, palabras,
 una canción en mí, un sollozo,
 un sollozo más en el mundo,
 un sollozo que ahoga el mundo,
 que asciende, que asciende y grita:
 ¡BASTA – BASTA y no BASTA!
 No basta de todo esto,
 ¡y sin embargo basta, basta, basta!
 No basta de la muerte,
 ¡y sin embargo basta de la vida!
 Basta de todo, y no basta de nada...

– Yo os ofrezco mi muerte, ¿qué os parece?
 de mi vida ¿qué haréis?
 ¿qué es mi vida?
 una canción un sollozo,
 un mínimo sollozo en los oídos del mundo,
 un sollozo en un bosque de sollozos...
 Un sollozo – ¡NO BASTA!

He aquí el mundo –
 si pudiese destruirlo,
 si pudiese desgarrarme
 a mí mismo en el mundo
 de pie y sollozando
 – ¡sollozo el mundo!
 Tan pequeño, tan pequeño y tan colmado
 tan colmado, tan colmado y tan pequeño,
 tan pequeño para poder sollozar,

tan colmado para poder abrazarlo todo
 un río asciende en mí, asciende,
 no puedo detenerlo con mis manos
 no puedo obstaculizado con mi cuerpo
 - pasa a través de mí - asciende -
 ASCIENDE...



XIII

¿Me hubiese bastado un grano de tierra
 cuando me empujaron a las grandes ciudades?
 ¿Me hubiese bastado un grano de tierra -
 cuando me empujaron a las calderas,
 el cuerpo desgachado, los muslos delgados,
 la sangre quemada por fiebres,
 cargado con mis testículos duros?

¿Qué haré de esas embarcaciones,
 de esas tempestades, de esas aguas,
 - del mundo agujereado de portillas,
 qué haré?

Una bodega cargada de sacos de café, un vagón de tercera
 colmado de soldados malolientes e inmigrantes,
 una vida sin escala,
 una vida atada a una rueda y que gira,
 ya había caminado lo mío y la guerra estaba delante,
 caminado lo mío, vi regimientos de sable,
 caminado - y nos recogían por los caminos
 con los caballos reventados y los camiones desvencijados,
 lejos del rastro donde mis antepasados están muertos
 una oración en los labios
 a la sombra de una vieja construcción que cedía
 - bajo el peso de la vida -

bote salvavidas que había servido demasiado.
 El sol estaba allí, era vieja chatarra,
 allí jugué de pequeño -
 pero por qué partí,
 qué podía esperar de los caminos,
 es tan tranquilo un malecón,
 tan solazante un umbral,
 la luz abre ahí el ojo
 azucarado como el higo,

¿qué tenía aún que decirle a los hombres,
 o qué podía esperar de ellos?
 ¿Acaso hablamos la misma lengua -
 ardemos con la misma sed?

... Empujaban la carreta por la tierra
 tenían la mirada de sus bueyes: miserable y triste, roja,
 ponían a un lado el pasado como los filatelistas,
 codo a codo, como cañas, impedían que el estanque remo-
 viese...

¿Qué sabían de la vida del boyero de las landas.
 de la vida del bracero de las salinas,
 de la vida del marino, tensa como un arco que se atiranta,
 de la vida del pescador de perlas, de pulmones débiles,
 - ¿qué sabían de ti - de mí - perdidos en las arenas
 movedizas?



XIV

... Sí, amé el mundo:
 - Cuántas veces, sol, te saludé
 por haber curtido mi transparencia,
 yo me había tapado con mi voz,
 me adelantaba en el silencio que crujía,
 amaba las fuerzas, las cortezas,

los bueyes que tocan con su frente el vacío,
 las cosas tranquilas, serenas, tranquilas,
 los campesinos de voz seca y piel tostada,
 el paréntesis tranquilo de la calma...

- he aquí el mundo
 y heme aquí totalmete ahído de las mordeduras del aire,
 la sangre revuelta, coagulada,
 en mi carne una pelea invisible de gallos.

- ¿Adónde ir?
 Convoqué en mí la tormenta, el naufragio,
 grité: ¡maldito sea!, golpeé,
 hosco, reventé el sol,
 estaba chorreando de sueño,
 ¿por dónde comenzar, dónde acabar?
 ¿por qué me hago estas preguntas?
 ¿qué habrá que odiar en fin de cuentas?
 ¡amar era tan infantil!

_ El mundo está ahí, me agarro a él,
 me aferro con las dos manos,
 no abandono esta presa,
 sobre ella dejo la impronta de mi fuerza,
 ¡la cubro con mis huellas!
 Lo modificaba: ¡soy!
 no había perdido confianza,
 la soledad aún no había llegado,
 ni el asco ni la náusea estaban ahí...

- No poder tener nada en las manos es el fin...
 ... ¿Bajo los párpados cerrados había ojos?
 Mis manos se habían cerrado sobre su propia palma.
 Mis manos estaban vacías por supuesto,
 había amado, había odiado el vacío
 inútil sollozar,
 al final de mí mismo YO MISMO,
 siempre yo mismo, saciado de baba, harto de lava
 yo mismo en el Tiempo
 lleno de necesidades lleno de apetitos
 más grande mi sed que el mundo

más grande mi hambre que el mundo,
no hay canción ni escanciador,
nadie de quien esperar una ayuda,
ningún Dios sollozante o feroz,
a quien orar, a quien golpear en el rostro,
ninguna voz consoladora, refrescante,
ningún rostro...



XV

¡Tu tenías una diosa a tu lado, Ulises!
– ¿Para qué sirve viajar?
Una jarra de leche fresca, los muslos de la esposa,
los días como manzanas caídas en el vergel,
una hermosa luz sin aristas,
la tranquilidad del trabajo hecho y la noche en la posada,
envejecer dulcemente cerca de un cuenco de vino
cuando la luna blanquea la costa,
trincando al mismo tiempo con los marinos que regresaron
lisiados, de no se sabe qué oscuras batallas
que nos cuesta deletrear...
– ¿Para qué sirve irse
ya vencido, antes de haber abierto la boca,
a países de los que uno sólo regresa viejo
saciado de sirenas que no ha escuchado
de victorias frustradas
y el corazón pesado por haber resistido a su sed?



XVI

El mundo ha acabado, el viaje
comienza.

¿Hay un sol
en alguna parte?

Tenemos miedo de la vida,
tenemos miedo de la muerte,
de todas esas viejas canciones
de nodriza.

Llevamos con nosotros
el peso de una raza de ancestros
que amaron mucho esta tierra
como para no odiarla.

Hemos salido de la piedra,
dura y salvaje,
fuimos rocas, raíces,
nunca pájaros, nunca nubes –
hojas de las cimas –

Los dioses, ¡ah!, están muertos.
Buscamos
a los hombres. A los hombres
que no tengan miedo de acabar
lo que queda de los dioses.



XVII

Largo las amarras que me atan a la tierra,
 el arco iris que me une a los demás hombres,
 los vendajes que cosen mi herida a otras heridas,
 abandono el lecho de los vivos,
 las sonoras voces de los muertos de raíces terribles
 las fotos familiares en el metal de las ferias
 y el vientre donde me espera el recién nacido del corazón.
 He aquí la verdad, estoy solo,
 solo en mi propia noche donde mi sombra se acuesta
 en la cosa que huye me toco y me pierdo
 pocero del gran sueño,
 mi mano me empuja llena de líneas, de raíces,
 – ¿verdaderamente me faltó fe?
 Asciendo los Alpes a la fuerza y no tengo guía
 yo no soy alpinista,
 no pedí el peligro, está ahí,
 no me gusta caminar, ¿quién camina en mí?
 – ¿Se habrán equivocado de persona?
 Odio el vacío y helo ahí sonando en mi poema.
 Golpeo una frente porfiada contra las cimas del aire
 no soy un héroe –
 los aplausos me molestan ¿qué puedo hacer?
 las hienas me siguen con su mirada cortante:
 ¿quién les dijo que yo sería cadáver un día?
 ... completamente solo yo soy el camino humano; ¿para quién
 el camino?
 ¿para quién las palabras ya inventadas antes que yo?
 En la boca de las mujeres antiguos besos endurecidos
 duermen en las encías,
 completamente solo arranco el secreto, retazo a retazo,
 completamente solo siembro y cosecho el hombre,
 avanzo en las ciudades absurdas donde todo me asombra,
 en las panaderías el pan abría los ojos,
 el grito del pobre sube a la garganta de Dios,

en el hospital al menos las paredes serán muy blancas,
 la luz estará sentada a la mesa, vieja,
 en mi voz las lavanderas tendrán piernas de agua,
 si entramos a bailar
 en la farmacia abierta,
 si nos dejamos flotar
 en la crema del estanque,
 el tiempo será al fin agujereado por las ortigas,
 sol quizá tú también quieras ser de la partida,
 sol malévolo que calienta
 el oro y la podredumbre
 el vacío que solloza
 en las palabras maduras.

 No hay vacío,
 ¿por qué atormentarme?
 Os ofrezco mis manos, os ofrezco mi sombra –
 no hay vacío y estoy solo en el mundo.



XVIII

Las palabras deberían apresurarse en mi boca
 como no ha mucho tiempo... ¿Cuándo? Apenas lo recuerdo...
 Pero qué importan los muelles donde cargan
 el pez luna o donde embarcamos
 con las damas blancas que frecuentan los castillos
 de los senegaleses de nariz chata
 robustas chicas para el comercio
 una baja institutriz de Bretaña
 encerrada en su concha –
 y algunos discos cuyo estribillo mascullaremos
 bajo los párpados del trópico...
 Esta noche, el mar se aburre y enoja...
 ¿Qué grieta quiere entonces olvidar,

hinchada con tu lecha amarga, soledad?
 - ¿Quién le impide gritar
 desmelenado, exangüe,
 perforar las embarcaciones de los emigrantes
 y pasar la lengua
 empapar el pañuelo de los veleros en la ola,
 lamer la agonía salada de los marinos,
 escupir al rostro insolente del mundo?
 - ¿Quién, pues, le impide rezar,
 mendigar un poco de sol para olear su piel,
 besar a los ahogados en la boca,
 lavar tiernamente el sueño de los peces?
 - ¿Quién, pues, le impide apostar,
 arrojar el oropel de su vida eterna
 sobre el tapete verde de los dioses -
 agujerear la opacidad de los dioses,
 y preguntar a las grandes tinieblas que le atraen:
 - quién, pues, me impide morir?



XIX

Los paisajes vistos en las cajas de los mares
 el alba sucia en los puertos de soles futuros
 me adelanto a través de la ciudad libre,
 desconocido, desconocido, a dónde iré, a dónde vas tú
 entre los detritus de naranjas, de fatigas,
 llego y hete aquí, tú eres vieja América,
 me pareces sucia
 rostro familiar del cubo de basura,
 nacimiento de la clase obrera por la mañana
 el pan ya no es más que un fulgor de pan
 el hambre está ahí trampeando...
 pero los eslogans hablan de fiestas crapulosas,
 pasquines de meetings, de huelgas, de robos,

de bailes en la Ópera, de films en Malasia,
 de sueños y motines
 – ¿soy verdaderamente aquel que esperan para la fiesta,
 debo enseñar mis riñones,
 debo gritar a voz en grito
 cuáles son los frutos nuevos que necesitáis
 cuál es el paraíso que os gustaría perder
 no conozco la lengua que habláis qué puedo hacer?
 no soy quiromante,
 mis palabras, mis males son los de todo el mundo,
 yo no inventé nada nuevo, ni antiguo,
 la tierra tan pequeña, el viaje tan largo,
 ¡es más nuestra sed que la de Colón!
 Estaba harto de recorrer Europa con las nalgas consumidas,
 ¿no tenéis otras resinas, otras crisis,
 lo mismo y sin embargo
 un vaso de espeso tinto en los mostradores del alba,
 una pizca de buen tabaco
 para liar un pitillo?
 Vuestras calles me atraparon como lazos, adónde voy,
 dónde están vuestras manos de amigos, por qué esas flechas,
 nadie vino hacia mí, la mirada azul.

Las paredes están llenas de tedio, la ropa tendida seca,
 – ¿qué hacéis con vuestro sol?
 ¡Dejadme cortar un trozo sangrante!
 Tierras silenciosas, pieles rojas oceánicas,
 qué triste es el maíz en la llanura de vuestras sabanas,
 ¿qué amores busqué en vuestros barrios infames,
 de qué olor humano esperaba la sal?
 Me resulta grato mezclar mi corazón al vuestro, estoy solo,
 ¿tenía algo que deciros?
 Tengo una gran necesidad de reír, de llorar,
 quién ofrendará placer a un vendedor de desechos,
 ¿qué mujer me seguirá al hotel
 para diez minutos de caricias infamantes?
 Hay tanta vida en mí que quisiera manar,
 tantos molinos de viento que quisieran moler

– esperaba un país de cosas minerales,
 ¿acaso debo llevar mi nombre como un rótulo oxidado
 de antigua posada?
 – ¡Ayudadme a olvidarme!
 Más tarde os pagaré con encantos, con sollozos,
 he venido hacia vosotros, la corteza tierna
 ¡ayudadme a endurecerla!
 ayudadme, ayudadme a ser otro.



XX

La tierra tiene muchos bueyes esta mañana sobre sus hombros
 se descalza para correr, escupe sus aguas minerales,
 le gusta socavar trenes y mecánicos
 le gusta borrar la melancolía de los descarrilamientos
 antiguos.
 todo lo que fue velocidad, corazón, grito, marcha y biela –
 enterrado ahora bajo el estiércol de la sangre y del tiempo.



XXI

Avanzaba entre la multitud, nadie sabía mi nombre,
 – que lo hubiesen sabido, ¿acaso importaba?
 ¿Lo sabía yo mismo? Y daba vueltas,
 borracho por mor de las luces negras,
 como si esta muchedumbre fuese el viento de la costa,
 como si algo pudiese venir de ahí,
 encrespado, indiferente,
 como si los renacuajos que bullían en el limo
 de ese puerto inhumano

fuesen hombres y no rescatados temerosos
de antiguos naufragios innombrables,
despojos de una fiesta ancestral, olvidada,
petates de hambre, de pus, de soledad,
de cosas tiritando, ¡ah!

Nos encontramos en alguna parte, era seguro,
en alguna cola humana al alba, lloviznaba,
- para un pan, o para un visado, era largo,
era larga la guerra, la paz,
largo y sórdido el amanecer,
y este descubrimiento de la nada, tan lenta ¡oh!
y este malestar en el corazón más duro que un embarazo
la humillación de no ser nada,
emigrantes sin pasaporte,
de ningún pueblo, de ningún país,
cada cual hablando una lengua distinta,
la lengua de su pobre vida oscura,
la lengua de un deseo de pan, de destrucción,
de ternura, de miel, de sueño, de fuerza,
de un techo con frescor en la cama...
Y yo estaba entre ellos hablando mi propia lengua
que ya no comprendía, ¡ah!
Y avancé temiendo que me olvidasen y grité
de miedo y hambre y angustia:
“¡Yo también... yo también soy un dios. Piedad!”
Eso producía un ruido de matraca ronca,
un agrio hilo de música,
un roto lamento que atravesaba la historia,
que caía, caía, caía fuera de la historia
... Fuera de la historia... ¡sí...!



XXII

Carece de importancia, por supuesto,
 que yo estuviese en la calle, en un vientre,
 o en el ojo muerto de esta habitación,
 solo en el acuario del mundo,
 esperando algo que ya sabía
 imposible, imposible,
 y sin embargo deseé más allá de lo posible,
 un rostro, una mano,
 el súbito temblor de una campanilla,
 un ruido de pasos, de voces alzándose en el silencio
 como la cruda agitación de un río en marzo
 – ¡terrible, violenta!
 – ... ¿Pero acaso es tan importante,
 sería una fecha señalada,
 un digno acontecimiento de la Historia moderna,
 si alguien se equivoca de escalera, de puerta,
 y trae, aunque sólo sea durante un segundo,
 un puñado de olor humano
 a este guardián del faro casi loco de terror?



XXIII

América, América...

Para Victoria Ocampo

América, América, maravilla negra y amaranto,
 cuántas veces soñé con tus caballos salvajes
 cuántas veces al abrirse el luminoso ojo interior
 tus ríos me llevaron, húmedo, a tus flancos,

joh, virgen, todavía desnuda desde tu descubrimiento!
 - ¡Ojalá pudiese ser yo quien causara tu pérdida!
 ¡Ojalá pudieses tú no acabar nunca!
 ¡Qué mundo aún por descubrir
 paso tras paso!

América del Sur abierta en abanico
 en la palma cerrada de la Tierra de Fuego
 (basta con una mirada amorosa al mapa)
 me gustan tus llanuras pacíficas
 tus estratos inhumanos,
 tus grandes puertos donde se duerme la mirada sobre el agua
 tus indios anacrónicos
 remando sin ruido a lo largo de tus meditaciones
 tus plantaciones donde el hombre se hunde hasta el cuello
 tus súbitos motines
 tus mañanas perezosas y tu luz turbia
 tus nubes enormes y tus ombúes gigantes
 tu pampa infinita,
 tus largas serpientes maceradas por su veneno mortal...
 Por tus puertos deambulé largo tiempo, el sueño en el
 vientre...
 Vendedor, vendedor que no tenía nada que vender
 yo traficaba la destrucción,
 te veía a lo lejos el rostro tranquilo,
 tus jóvenes senos de solterona,
 América del Sur rodeada de mares
 continente sin memoria
 obra improvisada por soldados crueles
 el ojo altivo de un caballo de piedra en tus ciudades -

besé tu hastío en las pestañas de tus burdeles,
 compartí vuestras pesadas tristezas, sangre-mezclada,
 y esa melancolía de las gentes que ya no tienen país.
 Hollé tus suelos, soñé en tus calles,
 tus hombres me conmueven infinitamente...
 Por qué no puedo quedar un instante en tus orillas,
 hundir mis raíces en una tierra nueva,

navegar a lo largo de las costas de lo conocido,
 trabar amistad con tu tierra espesa,
 abrigado por tus carneros que tienen la lana fatigada.

- América, ¡tu tierra es inmensa!

¡Ten piedad de estos pobres y sucios emigrantes
 que se desplazan, lentos, con sus dioses antiguos!
 Soy un extranjero, lo sé.

No tengo una patria pegada a mis zapatos,
 ni nada que me retenga a algún muelle del vacío...

¡Ojalá puedas llevarme atado por la mano!

¡ojalá puedas apaciguar mi pobre corazón de Asia!

¿Acaso no eres una tierra absurda, un oasis,
 un país de caballos libres de cualquier brida?

... olvido de todo, de nada... ¡Nubes de América!



XXIV

... Y Argentina. La pampa estaba a la izquierda,
 y levantaba polvaredas contra los hombres.
 Cada día deambulaba por una calle desconocida
 con la esperanza de llegar ahí,
 sólo el desierto podía calmar mi sed
 yo necesitaba un mundo sin horizonte ni fin,
 un mundo llano, de arenas,
 necesitaba asfixiarme,
 cambiar de temperatura,
 dadme un país que sea a mi medida
 semejante al antiguo caos
 con hierba amarga y soles salvajes
 con hombres taciturnos y peligrosos
 con toros inmóviles
 encarnizándose con su frente contra la calma chicha
 - pampa, pampa, donde mi deseo se arrastra,

soñaba con adelantarme a tu mirada inmensa,
 tocar el infinito con mis manos
 por qué tanta tierra seguida de tierras y tierras
 sin olas ni espuma
 cómo te quería, soledad,
 ¡ojalá no detengas nunca tu manantial,
 ardorosa fuente!
 Mi corazón estaba más vacío que tú y más febril,
 en él crecían los cardos, frutos de la sequedad
 los pajaros estaban ahítos de sueño
 qué aburrimiento llevaban bajo sus alas cansadas
 una nube tocaba mi cabeza-
 el amor, el amor era tan vasto, tan estúpido,
 había que liberarse de él a cuerpo limpio,
 había que liberarse de él hasta perder el aliento...



XXV

... Pero hace mucho tiempo que eso ocurre así.
 La cajera sonríe al fondo de la carnicería
 como el hueso rojo de la almendra -
 ¿es baja, es alta?
 Los hombres trabajan en la carne fresca,
 pululan entre las carnes, entre las grasas,
 trabajan en las alcantarillas, en la limpieza de pozos negros;
 algunos ganan su pan con estos oficios extraños:
 siniestros, granizadas, catástrofes, deshielos.
 pompas fúnebres.

Desde hace mucho tiempo la muerte avanza en vuestras
 manos,
 está oculta por el periódico que un señor lee en el tren,
 es el vecino de urinario, del que sólo vemos las piernas,

en el cine ella está en la pantalla, es una "vampiresa",
tú buscas sus rodillas, vuestros rostros se tocan,
y el lamento repentinamente madura entre vuestras bocas.

En el sueño, no sabemos dónde,
el sol gira en un agujero.
Cuéceme sol, madura mi carne como un pepino,
renuncié, sabes, clavé mi sombra,
a partir de ahora el mar puede irse
completamente solo.

Te odio, te acaricio y te vomito angustia,
la tierra permanece pero el agua pasa, baila cual vals,
empujado a la cresta del oleaje
grito: ¿qué ola me lleva?
No conozco el camino, no hay camino -
¿por qué confié en el mar?



XXVI

Flor de nieve
flor de ruido
flor de brasa
flor moteada,
¿dónde estamos desde que cayó la claridad
(con la fatiga de los lobos en nuestra sangre)
- a la búsqueda de qué comercios?
- ¿en las raíces de qué fuentes?
el deseo encendido en el fósforo de los nervios...

Aún no es el alba, nada más lejos
- la lámpara arde,

de qué sirve apoyarse en las cosas que se desmoronan,
 hay muchas vidas que ardieron para nada,
 muchas vidas que tienen vergüenza.

- ¿Dormiré yo, dormiréis vosotras?

... ¡estrellas del fin del mundo!

... Por qué no puedo abrigarme bajo mi sueño,
 por qué no podemos arrancar su faz luminosa

- ¡y dormir sin rostro!



XXVII

en los confines de la vida y la muerte vimos
 la camomila tierna de las lámparas de los burdeles

... ¿te acuerdas de la pequeña
 piel roja a la que lanzaron
 como una trucha en un tugurio
 dieciséis años, pero tan bella
 que la boca se nos hacía agua?

¡Dios! ¡qué mirada de fondo de bosque
 en aquella chiquilla acorralada!

Ella debutaba aquella noche
 pero se entregó sin una queja.
 Cómo pasa el tiempo y se va
 ¿qué queda de ese abrazo?
 ... su boca apenas estaba pintada
 ¡Cuántos mares, cuánta sal y cuántas soledades
 cuántas miradas que se desplazan en el ojo como una nube
 hemos recorrido, compañeros! Y súbitamente
 al fondo de la luz de las ciudades, sollozantes,
 como la enredadera que busca esquejes
 para aferrarse y que sólo se adhiere a esquejes fantasmas:

jesos países, esos oasis para las fiebres de la sangre
y las violencias sin brida!

En ninguna parte, más que ahí, la angustia de estar solos
nos mataba tanto, la oración sin dios,
y la ternura no compartida y la sed
que permaneció entera. Larga y tan atroz sed
de humano, no apaciguada, insaciable, única.

... ¿te acuerdas, Ungaretti
de nuestra noche en el trópico
en Bahía-de-todos-los-santos?

En el cruce de las tres iglesias
una joven negra caminaba bajo nuestras miradas
sólo veíamos el temblor de sus nalgas
que hubiésemos podido coger con la mano,
el movimiento de sus caderas la delataba como puta,
por dentro era cálida y turbia como
la leche de un coco
de haber sido marinos,
la hubiésemos abierto a cuchillo como una ostra
y nos hubiésemos emborrachado para olvidarla después.

Falsas bellezas que tanto turbaron nuestra carne
falsas bellezas que tanto, un día, hemos querido
penélopes ajadas, julietas consumidas
- ¿habéis tenido piedad del viajero? ¿Tuvo él
piedad de vuestras carnes blandas y miserables
oh malamadas? flotando en el agua como las algas
hermanas de las nieblas verdinosas y los dudosos fanales
- ¡vidas sin importancia!

- ¡paraguas olvidados!

¿acaso alguna vez alguien fue a reclamaros
a la oficina de vidas perdidas?

Carnes sin deseos creadas para la sangre caliente y las obsce-
nas fiebres

carnes venerables entre todas las carnes,

- ¡nuca sin sueño!

Vimos los sucios camastros de los barrios bajos,
el sueño de los pechos infamados sobre las mesas,

las bocas con rouge y pastosas,
 la pesadilla inflaba, pelota de niño, inflaba,
 qué vacías estaban nuestra vida y la música,
 oh, ¡ojalá no te encontrases ahí, Nausicaa!
 ... ¡Turbias casas marinas!
 Empujábamos primero la sombra y entrábamos
 aquello olía a moho y crimen

- TIERRA PROMETIDA

Te conocí antes que el amor, después del amor
 me dolían las entrañas cuando subía tus escaleras
 el amanecer sangraba ya en las encías de los días,
 un disco cansado dejaba oír una dura romanza

- ¡amarga parodia del paraíso perdido
 tu luz era malsana!
 Fines de semana, largos como un vestido de cola.
 el faro nos lavaba, barcas abandonadas,
 las mujeres estaban allí, de todas las latitudes,
 masas de carne con una rosa en el pelo
 el amor era según la raza,
 por allí habían pasado marinos, estibadores,
 la violencia también pasó por allí, la bofia,
 en esas pieles las chimeneas habían arrojado su grito
 los cordajes se habían mezclado con las cabelleras
 ¡qué viajes! con la tormenta y el balanceo,
 sobre aquellos senos olíamos, espeso y grasiento,
 el rosáceo pis de las vacas y las madres lejanas
 a eso olía la piel suave de la hermanita,
 carnes delicadas, carnes de la hermana, de la madre
 carnes venerables entre todas las carnes
 ¡tierras prometidas!

en los confines de la vida de la muerte - *prometidas.*



XXVIII

Aquello comenzaba siempre por sacarle fotos
a los puertos que abandonábamos, al gentío en los muelles,
y finalmente el mar tenía su palabra que decir
o esas cosas que nadie había fotografiado.

La bailarina española se puso a bailar de pronto
al son de una blanda guitarra
en el puente de los de tercera.

¡Cuántas nubes! durante días y semanas...
Si súbitamente alguien gritara: TIERRA
– ¿acaso ella nos hubiese olvidado?

¡Cuánta agua! ¡Durante días y semanas!

La bailarina española bailaba en el trópico
algún baile del clan primitivo, mágico,
hecho sencillamente para calmar a los muertos.

Fue en Ecuador cuando las calores apretaron
cuando su baile se hizo irritante.
Estábamos cansados del movimiento.

Fue, por supuesto, la nostalgia lo que al principio
bailó. Y después el temor
de esos países donde nos hundíamos todos los días
que tomaban posesión de nosotros sin estar allí
rojos y negros
con hombres vivos y serpientes perezosas
palmas ilusorias
y de pronto se hubiera dicho que ya no era eso,
entrábamos de golpe en un torrente de truchas
después la estación mudaba
era la fiebre de los colonos, el delirio,

la fiebre verde,
 finalmente después algo puro, de vestidos blancos
 una limpidez de roca, de infancia tranquila,
 de sueños sin materia,
 de puro vértigo, ¡ah!
 El puente giraba, giraba
 era cruel, era inhumano, era cobarde,
 nos pellizcábamos para ver si estábamos despiertos
 ni siquiera los marinos se atrevían a traspasar la música,
 tenían miedo de mancharla
 se sentían incómodos por estar vivos y ser fuertes
 por tener testículos y fumar en pipa.

Fue entonces cuando con lentitud de boas,
 dedo del pie tras dedo del pie, pieza por pieza,
 los emigrantes se levantaron para sorpresa
 de sus mujeres embarazadas
 de pronto sintieron que el tiempo pasaba
 que ya no volvería,
 que había que hacer algo
 trampas en el juego, blasfemar, sollozar, emborracharse
 o ahogarse en la sangre

la pavorosa crueldad de la dicha perfecta.



XXIX

¿Es una voz quien grita en el desierto "dónde estoy?"
 Ayer fue el océano, la náusea,
 y la necesidad de una tierra sólida en la palma -
 ¡la tierra!
 Pero hoy el día avanza en la niebla
 jadeante. En el puente, los marinos de niebla
 se enmarañan. No sabemos dónde el barco comienza

o dónde acaba. Un paso de más es el caos.
 La sirena gime, ulula,
 exclama en el desierto "estoy aquí, estoy aquí"
 y el eco le responde "¡estoy aquí, estoy aquí!"
 Cuidado con mi vida. Es frágil. ¡Oh!, qué
 frágil es. Y sin embargo tan colmada de su sed.
 Me inclino sobre mi pasado – nada; sobre mi futuro – nada.
 Te busco, ¿dónde estás? mujer de niebla entre otras.
 ¿A cuántos fantasmas, para vivir, he traicionado? No lo sé.
 Su sangre se derrama. ¿Dónde están los vivos? Niebla.
 Quisiéramos aferrarnos a algunos restos, cuerda,
 bote, deseo, ahogado, cabellera, esperanza...
 Pero el barco avanza jadeante, tiene miedo,
 tiene miedo de la vida, tiene miedo de sí mismo,
 no sabe de dónde viene, ni sabe a dónde va
 es una voz que clama...

¿La oyes cómo clama en el desierto?



XXX

Y puesto que la tempestad me arroja ahí, ¡es una isla!
 Una isla sin camisa, ligera como una pestaña,
 una isla ya vista; ni madre; ni nodriza...
 ¡Qué pequeña es la tierra!

– ¡Cómo! ¿eres tú, Ulises?

¿Qué has ido a buscar a ese país?

– ¡Tenía sueño!

¡Pues bien!, acuéstate. El sueño
 es cálido como la sangre del cerdo en el establo.

¿Es eso tu sombra –o tú– quien se sentó a la mesa?

– Tenía hambre. Demasiados mares, limo y náusea...

– ¡Desastre de un destino tan temerario!

Hete aquí, como en el puerto el río te arrastra,
 ¡viejo caballo de regreso, carne de la carnicería,

espíritu vencido! ¡El vacío se apoderó del fruto!
 - ¡Suená, todavía colmado de todo lo que le rehuye!
 Oh sonido, apenas cargado del vacío que denuncia,
 ¡calla, cállate canción del hombre que renuncia!
 Por muy cansada de sí misma que esté tu sed, ¿temerá
 al fin?... - ¿Quién sabe lo que yo temo?
 - ¡Pues peor, si el viejo mueble se rompe contra los escollos!

... ¡Gaviotas con corazón de sal! ¡Nubes de Ítaca!



XXXI

de la muerte a la muerte
 hemos pasado de mano en mano, de boca en boca,
 de mirada en mirada,
 de mano en mano, pobre falsa moneda,
 de boca en boca, pobre falsa palabra,
 por las manos del agua fresca
 descendimos hasta el sueño de los peces,
 nuestra camisa secaba en la arena con los pliegues
 de las medusas,
 - ¡que una vez fueron transparentes!
 De mirada en mirada gastamos nuestra trama,
 los mitos se comieron, pura lana, nuestras almas,
 y nuestra misma eternidad, oh nuestra
 eternidad, zozobró como un bote
 lleno de agua verdinosa, de hojas mustias y silencio
 que cruje.
 ¡Pues bien!, vamos, cruje viejo corazón. ¿Hay,
 hay aún mano que pueda remellar
 lo irreparable? ¡Oh, manos falsas, manos de mujeres!
 - perdimos pie en la mirada de las mujeres
 - ¡que una vez fueron transparentes!
 De la muerte a la muerte sólo es una canción,

con la que lavamos los dientes y la boca
 ... Qué buscas tú en la memoria,
 una canción, un fruto que se disuelva en la memoria,
 un fruto, uno solo,
 una canción que odie la vida,
 la vida, la vida contada de la muerte a la muerte,
 oculta en los calcetines de lana o pagada al contado,
 la vida de todos nosotros, nuestra propia vida,
 mi vida más importante que la vuestra.
 mi vida, ¿comprendéis?
 una canción que sale de mis propias entrañas,
 una canción y que me asfixia,
 y que se agujerea a medida que la cantamos,
 que se agota y disuelve en una boca de alcantarilla
 - ¡a medida que!



XXXII

y sin embargo las cosas están ahí, las mismas cosas,
 o casi las mismas.
 Apenas la mirada un poco avejentada en la tensión del rostro.
 Apenas el rictus ha cedido un poco
 en el pliegue doloroso de la boca vencida...
 Los meridianos trazados en tiza sobre el globo
 como siempre atraviesan el riñón del marino
 que canta, para engañar el hambre de su angustia.
 ... Soñamos con una estúpida y amorfa indiferencia
 embarazada de una felicidad rugosa, y que se ignora,
 larga maternidad de un infinito herido
 que cae al suelo.
 Apenas un rumor de conciencia
 y un lenguaje apenas.
 Me adelanto y siento tintinear el peso ligero del mundo
 en mis manos.

“Pesada ligereza” ¡Qué justo equilibrio entre realidad
y sueño, entre la sed y el agua!
¿Qué exacta ternura separa lo inmóvil
del movimiento y qué dios acoge dentro de nosotros
esta plegaria – o esta ausencia de plegaria?



XXXIII

Cuando entramos en el puerto
había miles de vivos y algunos muertos
que llevaron lejos, fuera de la ciudad.
Pero el puerto estaba tan tranquilo,
tan transparente y tan dorado,
que nada allí parecía tener mácula,
aunque pudiera decirse que esos muertos de camelo
se habían equivocado al no mezclarse con los vivos
en la plaza de las Fiestas donde, hasta la caída de la noche,
la amazona montada en un caballo adiestrado
atravesaba los círculos de fuego de los saltimbanquis.



XXXIV

Hubo un tiempo, camaradas,
en el que nuestros pies hollaban la tierra como la reja,
la savia nos tomaba por un árbol, y ahí ascendía
los pájaros nos tomaban por tejados, y ahí anidaban,
y la mujer venía a nosotros, cogiéndonos la semilla
para hacer no sé qué –
¿Acaso éramos dioses?
Hubo un tiempo, camaradas,

donde el sollozo de los hombres subía hasta nuestros riñones
¿acaso el fruto era agusanado?
¿el mal era incurable?
Ah, había que echar puentes sobre los ríos
arrancarle el secreto a las hierbas, a las entrañas
de las cosas –
¡inventar, olvidar cantidad de cosas!
¡Si este mundo es malvado cuántos mundos
por nacer! Nosotros proveeremos.

Hubo un tiempo, camaradas,
donde nos agotamos en el mundo,
donde nuestras miradas al entrar en él se torcieron
como clavos
la vejez, la soledad,
¿sabéis qué es eso? ¿y la pavorosa noticia
de que morimos con las estaciones?
¡Vamos, vamos, hay que agarrarse a la vida!
Y la vida se derrumbó como un techo podrido
y la boda de los días cayó en la cueva
con sus músicos ciegos...

Nunca pensé, camaradas,
que un día relataríamos este viaje de Ulises
con las alforjas vacías. Hubo un tiempo
donde no pensábamos que nuestra sed de hombres
y nuestra sed de eternidad
fueran sólo un puñado
de excremento, apenas tibio
– de pájaros.



XXXV

Estas no son sin embargo visiones de insomnio.
 ¡Yo lo convoco! Las islas están en marcha.
 ¡Yo lo convoco! He aquí la sangre antigua que vuelve,
 las ciudades y sus banderas.
 ¡Yo lo convoco! He aquí el pan cotidiano que crece
 bajo mi mandamiento
 en las antiguas leyes y las tierras baldías.
 Hago brotar el trigo en los viejos mármoles muertos
 rosas en las viejas biblias...
 - Oh, el hombre bueno en todo esto,
 el hombre poderoso y que decide y que lo puede todo
 - un hombre, ¡no un sueño!
 - un hombre, ¡no una voz ronca!
 - un hombre sin rodillas, que canta
 y que nada puede barrer de la tierra
 (mientras que cante)
 como una hoja muerta en la estación de los lobos.



XXXVI

Finalmente, cuando el mar
 cuente las embarcaciones que han ido a pique
 en su boca sin fondo,
 ¡qué fiesta para el paladar los peces!
 Pero cuando estén ahí, tendidos sobre sus espinas,
 - ¡dejadme ir con ellos!

Finalmente, cuando el suelo
 cuente todos los hombres que ahí descendieron
 sin hacerse rogar,

qué largo comunicado de victoria para decir
a los supervivientes de las islas pobres.
¡Oh! el perfume del ron, de muerte y melaza
- de esclavos.

¡Sí, bebimos mucho!
El mar baila ya en nuestras miradas, el suelo
oscila. Nos vieron demasiado.
Esto huele al discurso de la lava...
¡Que cuenten sus vencidos!
¡disipad el olor desnudo del esclavo!
No nos tendrán de rodillas, nosotros estamos
más allá de la fuerza, de las leyes
... ¡borrachos perdidos!



XXXVII

Para León Chestov

Poco importa la vista que ve pero que no azota la visión,
que ve pero no puede morder en el mismo mundo,
poco importa el espíritu que sólo tiene sed de sí
que oscila con el balanceo, que se cae por mor del vaivén,
pero que no puede inclinar el eje del océano
ni descubrir un mundo
temiendo cambiar algo en el sentido de las Escrituras
débil espíritu aferrado a su vida y exhausto,
intentando arrastrar su vida con su muerte
como los bateleros
del Volga, sirgando desde el ribazo, ¡las
grandes barcazas avanzan entre los remolinos del río!

Poco importan los ríos
a aquellos para quienes la vida es tierra firme,
tranquilamente sentados en las animadas terrazas,
yo vi cómo las aguas airadas subían a sus hombros
empapaba su corazón, enmohecía sus pulmones,
vi y grité "socorro"
ya había gritado en los primeros días del mundo
¿seguiré gritando así hasta el fin del mundo?
vi a tantos vivos convertidos repentinamente
en muertos y a tantos muertos
echar su sedal en las aguas pegajosas de la vida
tantas fuentes a las que se asomaron mis labios
sin sed y tantas sedes que quedaron sin aplacar,
tantas sombras, tantos limbos,
que a menudo golpeé sobre la mesa y grité:
"¿Para qué sirve todo esto?"
¿Qué sabíamos nosotros si la mañana era real
el gran mañana de los hombres,
y su sol que compartíamos sangrando
era verdadero, era falso,
para qué sirven tantos navegantes, periplos,
continentes nuevos, paraísos perdidos,
panoplias, conciencias,
por donde arrastran su tedio los príncipes del exilio
entre recuerdos de trompas y matanzas?
¡Basta, basta insomnio!
El mundo está ahí quizá, ¿pero estoy yo en él?
Paso y no queda nada en el espejo,
ni siquiera un agujero
y me gusta ejercitarme con las palabras caídas en desuso
igual que enderezamos con un martillo los clavos
ya utilizados, torcidos, y que volvemos a clavar,
no existe canción que sea ofrecida a todo el mundo,
no puedo cerrar los ojos,
debo gritar siempre hasta el final del mundo:
"No hay que dormir hasta el final del mundo"
- yo sólo soy un testigo.



XXXVIII

Qué bandera, antaño, ondeó en aquesta asta
 un poco de sal en los labios, un amargor en el lecho.
 ¿Vomitará al fin tu acre muerte, escolio?
 Esta vida te conoce como un antiguo calambre.

La Tierra en alguna parte. Es la misma locura
 y el mismo insomnio... y la misma asta.
 ¡Oh! acabar exactamente en un ángulo de la página.
 Y que te lleve el viento, plumón del cardillo...

No, no ocurre nada... Piedad de los hombres ¡Y de mí mismo!
 Sólo tengo mi sangre para amamantarte, poema...
 Tú estás tan cansada, oh voz que clama en los desiertos.
 ¿Es en verdad mi corazón tan torpe para estas vendimias?
 ¿Morimos sin saberlo sobre el muslo de los ángeles?
 Dios, en su propia noche, ¿tiene los ojos abiertos?



XXXIX

Ulises, hemos de despedirnos; la tierra acaba...
 Las ratas, hace tiempo, nos han roído las cuerdas,
 y las gaviotas picoteado la cera de nuestros oídos -

Atados por nosotros mismos, ¡es demasiado!

¿Quieres que nos arrojemos al mar - libremente?

¡Tengo prisa por escuchar la canción que mata!...



Benjamin FONDANE (1898-1944). Poeta rumano de expresión francesa, nació en Iasy (Moldavia).

El mal de los fantasmas reúne la totalidad de la producción poética de Benjamin Fondane: *Ulises*, *El Éxodo [Super flumina Babylonis]*, así como *Titanic* y los últimos poemarios.

Su obra, inédita hasta la fecha en España, y recuperada por MALDOROR ediciones que la publica por primera vez en lengua castellana, pone al alcance del lector no sólo las palabras de un poeta desgarrado, sino también inmenso y visionario,

Lo que sorprende al lector de hoy en la poesía de Fondane es el aspecto visionario de su obra, dominada por oscuros presentimientos de un desastre inminente. Fondane desarrolla a partir de ese estado de zozobra una temática muy rica que evoca a la vez el exilio, la errancia, el anonimato y la soledad de los emigrantes, el aplastamiento del individuo por la historia, la voz que clama en el desierto, la locura de los hombres, la sed de amor y la aspiración a la normalidad, que confieren a su emocionante obra un alcance universal y la hace de una actualidad permanente mientras perdure el sufrimiento por mor del ruido y la furia de la historia.

El 7 de marzo de 1944 Benjamin Fondane es arrestado por la policía francesa, al mismo tiempo que su hermana Line. Son internados en Drancy, antes de ser deportados a Auschwitz el 30 de mayo (el penúltimo convoy de Drancy nº 75).

El 2 o el 3 de octubre, Fondane es asesinado en una cámara de gas de Auschwitz-Birkenau. Tenía 46 años.